



FRANCISCO ANTONIO ZEA

FRANCISCO ANTONIO ZEA

Por Fr. ALBERTO LEE LOPEZ

Nació don Francisco Antonio Zea en la villa de Medellín y fue bautizado el 23 de Noviembre de 1.766. Fueron sus padres don Pedro Rodríguez de Zea y Da. Rosalía Díaz.

"Hubo en este preclaro hijo de Colombia y de Antioquia, escribió don Marco Fidel Suárez, el hombre político y el hombre de ciencia, compuesto el primero del estadista y el diplomático, e integrado el segundo por el naturalista y el orador eminente". Este segundo aspecto de la personalidad de Zea fue su primera vocación y hay que partir de él para interpretar los aciertos y errores del estadista y diplomático.

Cuando Zea inició sus estudios superiores hacia 1782 en el Real Colegio y Seminario de San Francisco de Asís, en Popayán, bajo el magisterio de don Félix de Restrepo, el ambiente cultural del virreinato sufría una completa transformación. Eran los vientos nuevos del afrancesamiento, vasto proceso ideológico que se proyectó sobre todo el imperio hispánico y produjo imponderables consecuencias sociológicas y políticas. Una de las ca-

racterísticas de este movimiento fue el interés por el estudio de las ciencias naturales, cuya contribución al progreso social, hasta entonces desconocida, se llegó a supervalorar hasta degenerar en un romanticismo naturalista que tiene en Rousseau su máximo exponente.

Zea, quien había seguido en Popayán estudios clásicos de filosofía y humanidades, empezó desde entonces a interesarse por los estudios naturales, afición que siguió cultivando en Santafé a donde pasó a seguir estudios de jurisprudencia. Discípulo de Mutis, fue escogido por su maestro para reemplazar al padre Valenzuela como subdirector de la Expedición Botánica en 1791. A los 25 años era oráculo y árbitro en cuestiones científicas en la capital del virreinato, según afirmaba don José María Cabal, su condiscípulo.

Asiduo contertulio de las sociedades literarias que entonces funcionaban en Santafé, Zea se inició en ellas como revolucionario y en 1794, al iniciarse en el virreinato la represión intelectual, obra de la torpeza de unos funcionarios más asustados y serviles

que hábiles y celosos, nuestro naturalista, que se hallaba en Fusagasugá preparando herbarios y clasificando plantas, fue reducido a prisión, procesado y enviado preso a España bajo partida de registro.

Cinco años de dura prisión hubo de purgar el agregado de la Expedición Botánica por su amistad con Nariño y por su ilustración. Absuelto de los cargos y puesto en libertad, no se le permitió volver a su patria por considerarlo peligroso, pero sí se le envió en misión científica a París con un sueldo anual de mil doscientos pesos. En París mereció el dictado de sabio y contrajo matrimonio con la gaditana Da. Felipa Meilhon. Al regresar a Madrid se le nombró primer adjunto y luego director del Jardín Botánico. El 17 de abril de 1805 tomó posesión de la cátedra de botánica y entre 1804 y 1807 fue redactor de El semanario de Agricultura y de El Mercurio de España. En esos años escribió sus estudios científicos más notables, entre los que descuella su Memoria sobre las quininas de la Nueva Granada. Aquí culmina su carrera científica mientras disfruta de una posición privilegiada en la frívola y corrompida corte de Carlos IV, que estaba a punto de desmoronarse.

Y a la caída de los Borbones contribuyó Zea, que iba a trocar su vocación científica por la política. Participó en el motín de Aranjuez y en la tragicomedia de Bayona, que dieron al traste con la monarquía borbónica y entronizaron en España a José Bonaparte, a quien rindió pleitesía en nom-

bre de los pueblos americanos. En el séquito del francés regresó a Madrid como director del ministerio del Interior y ocupó luego la prefectura de la provincia de Málaga. Mientras tanto el pueblo español defendía heroicamente su independencia y sus antiguos condiscípulos y contertulios de Santafé, protestando fidelidad a Fernando VII, ponían en marcha el movimiento independentista. Derrotadas las tropas napoleónicas en la Península, Zea fue a buscar en las Antillas la orientación acertada de sus inquietudes políticas.

En el Caribe estaba Bolívar preparando la expedición de Los Cayos y el encuentro de estos dos hombres fue un hecho providencial para la historia de América. En el caraqueño intuyó el granadino al genio. Desde ese momento la brillante inteligencia, la vasta erudición y el exuberante entusiasmo de Zea estarán al servicio de los ideales bolivarianos, que él hace suyos hasta el punto de tener en la realización de los mismos una participación apenas inferior a la del mismo Libertador.

Como intendente de Hacienda del ejército expedicionario participó en la toma de Margarita y en la retirada de Ocumare en 1816. Cuando Bolívar, en un momento de confusión y desaliento, abandonó la expedición y regresó a Haití, fue Zea el encargado por los venezolanos de ir a buscarlo para que volviera a asumir el mando supremo. Como en 1814, cuando fue un granadino, Camilo Torres, el que rescató a un Bolívar derrotado para su propia

gloria, ahora Zea devolvía a Bolívar a Venezuela para que fuera el Libertador de América. Porque el caraqueño, genio único y señero en el panorama continental, necesitó siempre a su lado la presencia de una personalidad granadina que fuera su estímulo en los momentos de indecisión, su apoyo cuando todo fracasaba, su consejero en las dudas, su contrapartida frente a las ambiciones caudillistas de sus compatriotas venezolanos. Torres en 1813 y 1814, Zea de 1816 a 1819 y Santander de 1819 a 1827, fueron los verdaderos libertadores del Libertador.

Es de lamentar que Zea no hubiera estado mejor capacitado para el desempeño de las graves responsabilidades que iban a recaer sobre él en los tres años de gestación de la República a orillas del Orinoco. Es innegable que los defectos de su carácter, su exuberante optimismo, su falta de sentido práctico, su desconocimiento de los cambios que se habían operado en América durante los veinte años de su permanencia en Europa, la debilidad de su carácter, su inexperiencia e ingenuidad en materias económicas, habrían de ser la causa de no pocos errores; pero la verdad es de que, con todos estos defectos, era en el momento el más capacitado, el único en quien podía pensarse para echar sobre sus hombros el peso de tantas responsabilidades. A su madurez y prestigio intelectuales ampliamente reconocidos en Europa, Zea añadía el hecho de haber desempeñado altos cargos de gobierno bajo el régimen napoleónico español,

tenía una brillante hoja de servicios en el periodismo y era un naturalista, lo que para aquellas fechas equivalía a estar hoy calificado como técnico. Y entonces lo que se requería, precisamente, al lado del Libertador era un hombre maduro, de prestigio intelectual bien cimentado, que no estuviera implicado en las rivalidades internas de los venezolanos, que tuviera cierta experiencia en la administración pública, hábil y experto periodista, capaz de librar con la pluma batallas que no eran menos necesarias que las que ganaban las lanzas llaneras. A todo ello hay que agregar que, para la realización del ideal bolivariano que busca la unión de Venezuela y la Nueva Granada en una gran unidad política, la condición de granadino de Zea era de gran importancia.

Superadas las primeras dificultades en Cumaná y conquistada Angostura para que fuera el centro y base de actividades políticas y militares de la tercera república venezolana, Zea va a ser el hombre clave de Bolívar para la paulatina realización de sus planes. La ingenua participación del granadino en el sainete político de Cariaco montado por el canónigo Madariaga, ni fue una traición de Zea a Bolívar, ni significó mella ninguna en la confianza que el Libertador había depositado en él. Por ello en Angostura recayeron en él las más variadas y graves responsabilidades. El 10 de noviembre de 1817, al crear Bolívar el Consejo de Estado, le nombró miembro del mismo y presidente de la sección de Estado y Hacienda. Fue así

mismo miembro del Consejo de Gobierno, de la comisión de secuestros y de la de repartición de bienes nacionales, director y redactor de El Correo del Orinoco cuyo primer número apareció el 27 de junio de 1818. Finalmente, el 16 de febrero de 1819, al día siguiente de la instalación del Congreso de Angostura, fue elegido vicepresidente de la república de Venezuela. Como tal, el granadino hubo de ejercer el gobierno inmediato mientras el Libertador dirigía personalmente las diversas campañas militares de aquellos años. Íntima y lealmente compenetrado con las ideas y planes del Libertador, Zea contribuyó como el que más a la estructuración jurídica de la república de Venezuela y a la creación de la república de Colombia.

Es esta íntima compenetración con los ideales bolivarianos y en la laboriosa y compleja labor realizada en aquellos años en Angostura para que aquellos ideales se convirtieran en una realidad, en donde Zea llega a la cumbre de su grandeza como estadista y como prócer de la independencia. Y no se olvide que tan amplia y variada tarea hubo de cumplirse en medio de la desconfianza y mala voluntad de los que le rodeaban, no siempre leales a los ideales del Libertador y resentidos porque era un granadino, y un granadino de levita civil, el que ocupaba posiciones que el nacionalismo y militarismo de los caudillos venezolanos reclamaban para sí como botín de guerra; que Zea hubo de sobreponerse además a su mala salud,

a la falta de recursos y a sus propias definiciones y errores.

Mientras Bolívar se unía a Santander para realizar la campaña libertadora de 1819 y poner con ella las bases de la creación de Colombia, Zea hubo de ser el único sostenedor de la autoridad legítima en Angostura y de la fe en la victoria. En septiembre de 1819, cuando en la Santafé liberada, Bolívar confiaba la organización de la Nueva Granada a Santander y empezaba a preparar la campaña militar que libertaría definitivamente a Venezuela, un motín militar obligaba a Zea a renunciar a la vicepresidencia en Angostura y a resignar el mando en manos de Arismendi. Fue por entonces la última intentona del caudillismo militar y nacionalista de los venezolanos para eliminar a Bolívar. Pero el triunfo fue demasiado fugaz; casi al mismo tiempo llegaron los partes de victoria y el Bolívar a quien se creía derrotado no tardaría en presentarse en Angostura triunfador y omnipotente. Su sola presencia hace huir en desbandada al grupillo de mediocres ambiciosos que pretendían tapar con la mano la luz del sol. Zea vuelve a presidir el Congreso de Angostura, escucha el parte de victoria del Libertador y en jornada memorable, el 17 de diciembre de 1819, después de orientar los debates y vencer las resistencias que se oponían a la aprobación de la Ley Fundamental, proclama la creación de la nueva República de Colombia.

Creada la República soñada por Bolívar quedaban tres tareas por realizar

para que su existencia fuera un hecho: continuar la guerra hasta la liberación definitiva de todo el territorio, tarea que continuaría dirigiendo el Libertador; estructurar jurídicamente la nueva entidad y poner en marcha el funcionamiento de su administración, papel en el que Santander reemplazaría en adelante a Zea; y obtener el reconocimiento de la nueva entidad entre la familia internacional de los pueblos libres e independientes, misión que se le iba a confiar a Francisco Antonio Zea.

Era también él el más indicado para esta última tarea y allá se fue, investido de la alta dignidad de vicepresidente de Colombia, provisto de amplios e ilimitados poderes, dotado de un prestigio internacional que ninguno otro de los nuevos colombianos podía ostentar, y confiando románticamente en las ilimitadas e inagotables riquezas naturales de la nueva república. El 1º de marzo de 1820 salió de Angostura, sin haber podido volver a pisar la tierra de su patria chica, para emprender la última etapa de su vida, la de diplomático, en la que iba a derrochar optimismo y buena fe y de la que iban a salir tan mal parados sus bien ganados méritos y glorias.

La misión primordial del vicepresidente Zea en el exterior era obtener el reconocimiento diplomático de las principales potencias. Para ello se le había indicado que viajara primero a Estados Unidos y luego a Inglaterra. A su paso por San Tomás tuvo conocimiento Zea de la revolución de Riego en España y entonces cometió dos

errores iniciales que iban a ser fatales para su gloria futura. Esperando que la revolución liberal de España abriría inmediatamente el camino para el reconocimiento oficial de la independencia de Colombia en la antigua metrópoli, desistió del viaje a Estados Unidos y se formó el propósito de apresurar su misión en Londres para volar a Madrid, donde esperaba, aprovechando las numerosas relaciones que tenía allí, obtener el más rotundo e inesperado éxito diplomático, que hubiera terminado definitivamente con la guerra de independencia en América.

Al llegar a Londres se encontró con que la única posibilidad de poder ser aceptado en la corte y aun de que se le permitiera circular libremente por las calles de la ciudad sin reducirlo a prisión, era la de solucionar rápidamente el descrédito económico que rodeaba a los representantes de Colombia y Venezuela. Los manejos poco afortunados de los señores López Méndez y José María del Real, que estaban presos como deudores morosos; las reclamaciones de las viudas, huérfanos y demás parientes de los mercenarios ingleses enganchados en las legiones que vinieron a guerrear en los campos de América; la desconfianza crediticia que invadía todos los mercados europeos después de veinte años de actividades bélicas en las que todos los gobiernos habían acabado por caer en las garras de los prestamistas de Londres, París y Hamburgo, hacían que la solución del problema de la deuda externa de Colombia fuera

la única base sólida para merecer la atención y el respeto de los gobiernos. Se requería para ello una atrevida negociación que empezara por reconocer el enorme monto de la deuda consolidada y que diera a los acreedores las garantías suficientes. El gobierno inglés se había constituido en abogado de los reclamos de sus súbditos y era inútil intentar cualquier aproximación a la corte de Saint James, sin haber solucionado previamente este problema.

El cuantioso y oneroso empréstito contratado para realizar este milagro de restaurar el prestigio y el honor de Colombia, audaz operación que recibió el aplauso de los financistas europeos y a la que el abate de Pradt calificó de grande porque había dado existencia moral a la nueva república, fue ciertamente un desastre para las finanzas nacionales y ha venido a constituir el gran pecado histórico de Zea. Pecado histórico, no moral, porque de todo se le podrá acusar menos de inmoralidad o peculado. Las sesenta mil libras esterlinas que se dice derrochó en gastos de representación en su fracasada misión en España, no fueron un abuso, porque en su calidad de vicepresidente de Colombia juzgó necesario representar al país en forma tal, que causara impresión en los fastuosos medios de las cortes europeas. Pero si desde el punto de vista financiero la operación de Zea fue excesivamente gravosa para los países que constituían a Colombia, fue la única manera de redimir a la nueva nación del abismo de envilecimiento en que estaban sumidos los nombres de Venezue-

la y Nueva Granada, y constituyó el primer paso eficaz para alcanzar el reconocimiento de su independencia, dándoles en el mundo internacional un sólido prestigio.

Las censuras y desaprobaciones que desde el primer momento recayeron sobre la operación financiera realizada por don Francisco Antonio Zea en Londres, condenaron al fracaso otra negociación que, a pesar de todo, trajo innumerables beneficios al país: el contrato de las misiones científicas. Estas misiones estuvieron integradas por el coronel José María Lanz como ingeniero geógrafo al servicio de la república; por don Carlos Cazar de Molina, para dirigir y montar en Bogotá un establecimiento tipográfico; y por los naturalistas Rivero, Boussingault, Roulin, Bourdon y Goudot, para revivir la expedición Botánica y establecer la enseñanza de la mineralogía, geología, anatomía, zoología y agricultura. La gratitud nacional no puede olvidar este servicio prestado a la cultura y a la economía nacional por el ilustre antioqueño.

Cuando se disponía a continuar en el desempeño de la misión diplomática que se le había confiado y creía haber merecido el reconocimiento del gobierno nacional, Zea se encontró con que se desaprobaba rudamente cuanto había hecho y se le retiraban todas sus credenciales y poderes. Pobre y desolado, abrumado por la ingratitude e injusticia con que se censuraron sus proceder, don Francisco Antonio Zea vino a ser sorprendido por la muerte en la estación de baños de Bath el 28

de noviembre de 1822 y fue sepultado en la catedral de la misma ciudad el 4 de diciembre siguiente. Como científico, merece el dictado de sabio que la posteridad colombiana ha aplicado a Caldas; como periodista y literato, sus méritos son indiscutibles; como estadista y colaborador inmediato de Bolívar en Angostura, merece la gratitud de venezolanos y colombianos; como diplomático y financista, sirva de juicio sobre sus méritos lo que escribió al respecto don Felipe Pérez: "Dada su imaginación brillante, la altísima idea que tenía del poder y riquezas de Colombia, su ardencia por la consolidación de la República, y sobre todo la ruina completa de nuestro crédito fiscal, las operaciones de Zea tienen bastante

defensa; y por lo tanto no deben juzgarse solo a la luz de la aritmética, cincuenta años después de verificadas (hoy van para 150 años), sino a la luz de los momentos críticos en que tuvieron lugar; esto es, antes de Carabobo, y casi antes de la instalación del gran Congreso del Rosario de Cúcuta, y por lo mismo cuando Colombia no era aún una fórmula del derecho, sino un simple problema por resolver, contrarrestando el poder militar de la España desembarazada de las legiones napoleónicas. Zea jugaba el todo por el todo; y, compañero de Bolívar en genio y atrevimiento, no era hombre de reparar en los medios, ni tenía carácter apropiado para empequeñecer los asuntos puestos a su cargo".